

A través del espejo

Cuadro del Bosco, fragmento de un sueño

Hugo Hiriart

Fue el caso que cuando abandono el refectorio el espacio abre poderosamente a los cuatro rumbos, pues ingreso bruscamente en la basílica, amplia, resonante, cuya cúpula lucía emplumado curvo a lo largo de su media esfera, gorro verde perico, visto desde abajo, un trabajo de arte plumario pleno de industria y magnificencia y, he de decirlo, de paciencia, que ahora veo me causa no sé qué aprehensión, transformada en miedo, y en ese momento, la cúpula inopinada y limpiamente se transforma en sombrero negro en cuya ala ancha y escrupulosamente plana avanza a saltos con sus patitas paralelas un gorrión... *Contención, gravedad, ante todo dignidad en la derrota, entonó Boris Godunov con su voz de bajo profundo, pues él era el personaje tocado con el sombrero de ala ancha, seso despejado, hay que avanzar por la estrecha senda de la virtud, hemos de cumplir el itinerario para no sufrir peloterías o el hambre de los vasallos, ¿dónde está doña Fálfula, insensato?...* Ojos pesquisantes, labios curvados en mueca sardónica al enunciar y más que pálido, amarillo huevo el semblante... Fue ahí cuando empecé a situar, atrás, distante, a una silueta que avanzaba tardona, paulatina y solemne por el marmol de la nave. *Detente zoquete, pudrición, gusano, escoria, voceó el que se iba aproximando, apóstata, te has hundido en el abismo de la herejía y el fuego del infierno tiene más ansias de abrazarte a ti que el virote gandul de estrechar lúbrico a la doncella blanca y purísima, de manos tan sutiles que perderían a cualquier santo, y ya las lenguas de fuego se relamen gozosas al oír tu nombre... La mesa está puesta, el banquete eres tú, y ya te están esperando... Toda tu generación ha sido educada por Celestino Botica, y eso la ha condenado en masa... Mira cómo el húmedo batracio de esfé-*

ricos ojos, engulle a ese positivista recalcitrante que dio en sostener que no era inmortal el alma, y mira ahora, para instrucción de toda gente, el batracio ya ha tragado cabeza, tronco y extremidades superiores y el desdichado sacude al aire las extremidades inferiores y pueden apreciarse sus calcetines blancos y los zapatos, informales, pero bien boleados, que el infeliz calzaba... Bruscamente distinguí que era San Dionisio Aeropagita el de la voz, es decir, la silueta que avanzaba mística y pausada, hablando sin dejar de discurrir a ras del suelo, aquél de mármol de Paros, y advertí que San Dionisio se presentaba ante mí en su advocación usual de Obispo de París, correctamente revestido de torero y como debe ser, acéfalo, mutilado el tronco, con la cabeza recién tajada, sangrante aún, entre las manos delicadas del santo, que consagrado al recogimiento y el arrobo, no ha trabajado nunca, y aquella cabe-



El Bosco, El jardín de las delicias (detalle), 1505

za violentada sermonea entre las manos con voz precisa y nítida: *Proceda a sumarse a la peregrinación con andar contoneante de pingüino y rostro en discreta congoja y ejemplar gravedad... Atención, un gran espejo de cobre, vuelto hacia alta mar, refleja los navíos que por ahí van surcando...* Y entonces la testa eleva la voz mirándome desde su lugar con ojos en los que advertí espulgo y rencor, y dice: *En cuanto a ti, has sido medido y has sido hallado falto, el peso de tu iniquidad te hunde, Laurent Gbagbo, y va a presenciarse en este preciso día y hora punición severa contra ti, el crudo rigor de la condena te hará gemir, ¿entiendes Laurent Gbagbo?...* Y remachando este mensaje, surgió un letrero con la información voceada en palabras de fuego, un letrero en el aire, volador, ondeando, del que era de verse la resplandeciente información: *Laurent Gbagbo pederast...* Yo con indignación, pero aún con mayor alarma, emprendo mi defensa declarando firme y claro que había ahí un error, que yo no era ese señor Gabgabo, *Gbagbo, me corrigieron, no es Gabgabo, es Gbagbo, preste atención a lo que se va diciendo*, y yo asiento y proseguí mi apología *Pro Vita Mea* ante la sangrante paternidad, ante su señoría, la descabezada, autoritaria, y santa presencia, yo no era aquella ese Gigbo, alegando que ya atestiguaban que ni siquiera sabía cómo pronunciar ese nombre hirsuto, que no era mío y que nunca en los días de mi vida siquiera había tenido ocasión de oír, *Cállate en este instante, pulga de mono, estás, por si no te habías dado cuenta, en el infierno, y aquí no hay errores...* Es el caso que ante esta humillante obstinación del santo perdí la contención y empecé a patallar y dar gritos: Yo no soy ese Gobagobo, no soy Guibagobo, ni siquiera tengo noticia de quién pueda ser este señor... **U**